

Manuel Villa

El panismo y su presidente

El presidente Calderón enfrenta un dilema que le está saliendo costoso, no sólo porque no ha sabido manejarlo adecuadamente sino porque la solución que está tomando va contra una verdad que parece haberse establecido en la opinión pública.

Con la renuncia de Germán Martínez a la presidencia del PAN, se le planteó a Calderón la exigencia de varios sectores panistas de no intervenir en la elección del sucesor de Martínez. No sólo ello, en la propia opinión pública han sido muchas las voces que secundan este llamado. Se juzga que el partido en el gobierno debe actuar mediante una dirigencia independiente del presidente de la República, autónoma y libre de sujeciones a éste.

Calderón no sólo enfrenta la exigencia del panismo pues, además, la verdad establecida de que la intervención presidencial en el proceso no hace sino reproducir uno de los peores males del priismo. Más peso gana esta verdad si se considera que fue el propio panismo el que contribuyó a establecerla: de su boca salió la frase del PRI-gobierno, que tan efectiva resultó para deslegiti-

mar a los presidentes del tricolor. Sin embargo, todo muestra que Felipe Calderón prefiere navegar a contracorriente de este dogma, y prefiere un partido bajo su égida; ya se perfila el ahora diputado electo César Nava como próximo presidente del albiazul, llevado de la mano presidencial.

La conclusión generalizada es que el presidente de la República no ha sabido distanciarse de los malos hábitos priistas, como no supo hacerlo su antecesor panista Vicente Fox. Tanto fue así que, de manera casi candorosa y luego francamente hipócrita e inefi-

ciente, el presidente Ernesto Zedillo quiso caminar apartado del PRI, generando la absurda frase, pero muy celebrada, de la Sana Distancia.

La pregunta que no parece haberse hecho Calderón y que tampoco progresa entre la opinión pública para plantear

adecuadamente el problema, es la siguiente: ¿puede un presidente dejar que actúe su partido a su arbitrio?, lo que, casi inevitablemente, conduciría a la trayectoria de la confrontación, como ocurriría, por ejemplo, si ahora al PAN lo presidiera Manuel Espino, no obstante haberlo conducido de rodillas ante Vicente Fox y la señora Marta.

No hay caso relevante que indique la escisión partido-gobierno, tanto en sistemas parlamentarios como presidenciales. No se ha visto en Inglaterra, y cuando ésta se da, el gobierno empieza a flaquear. No se ve que haya sido así en la España democrática. Ni siquiera es así en los Estados Unidos, aunque son innegables los grados de autonomía, más que del partido, de las fracciones parlamentarias afines a la afiliación presidencial.

Los partidos son esenciales porque, de ganar las elecciones generales o presidenciales, sus candidatos llevan, precisamente, gobernabilidad al sistema. La marcha conjunta es indispensable por ello. Sólo que, para que ocurra así, deben alinear fuerzas realmente ciudada-

nas que generen equilibrios entre jefaturas, y entre éstas y el liderazgo presidencial o del primer ministro. El problema con Calderón es otro. El PAN no ha sido hasta ahora una organización generadora de gobernabilidad. Ha ganado el gobierno sin transmitir nuevas prácticas y procedimientos, por eso sólo ha reproducido defectuosamente al priismo tardío, bandeando entre el estilo de Salinas y el de Zedillo.

Lo que tiene que asumirse es que el PAN es una organización partidocrática y una confederación de plutocracias regionales. No es un verdadero partido,

como no lo son ni el PRI ni el PRD. En esa medida, no es un instrumento de relación con la sociedad ni con la población, ni un verdadero instrumento de gobernabilidad. Como el gobierno no tiene apoyo ciudadano y depende de una parte de los medios, especialmente electrónicos, y de otra, del partido como medio de control de las plutocracias regionales y familiares, el presidente debe mantenerlo bajo recia sumisión. Todas éstas quieren acotar a Calderón, ya buscan determinar la sucesión y, en buen grado, abren paso al recurrente empeño de Fox de incidir en la vida del partido. Quizás la señora Marta no olvida sus pretensiones presidenciales y, como en todo, el señor Fox se desvive por obsequiar sus deseos. ☒

manuelvillaa@hotmail.com

Político-consultor

